



Actual 108

Dos cuentos de Fernando Romero Loaiza

El sol entre los peñascos

Hernán Pérez de Quesada miró desconsolado el cañón que debían cruzar. Siete mil indígenas que lo habían acompañado a la búsqueda del Dorado, habían muerto de hambre y cansancio.

Ante su tropa se abría grandes peñascos que lo obligaban a ascender por una pendiente rocosa y nubosa; panorama este muy distinto al de las selvas por donde hacía meses deambulaban sin destino.

Llamó a su lugarteniente Fernando de Ursía y de Itriarte, y le dijo:

—Pregúntele a los intérpretes en qué tierra nos encontramos.

El soldado fue y cuando regresó, le dijo:

—Cuentan que estamos en los dominios de Kuc'iLuc', *hijo de la piedra*, nacido de la relación de un hombre con una roca.

-Supercherías! Dígale a los hombres que esta noche acampamos aquí.

Y cuando el sol salió por entre las grietas de los peñascos, encontró a una tropa desmoralizada por el frío de un viento que recorría la cordillera y daba muerte a los hombres mientras dormían; y por el hambre que se anunciaba, pues en la noche el maíz de las alforjas se había convertido en pedruscos, y las carnes secas en arena. Hernán Pérez de Quesada dio la orden de seguir y ante el espanto que amenazaba con hacer huir a los pocos indios que quedaban, y amotinarse a los soldados, amenazó con decapitar y empalar la cabeza del primero que lo intentara. Tras horas de camino por esa pendiente de piedras afiladas, grises que se resistían a los hombres y a los cascos de los caballos, se encontraron con un anciano que descansaba mascando coca sobre una saliente.

-¡Tráiganme a ese viejo! -gritó Hernán Pérez de Quesada enfurecido, por los infortunios que lo perseguían.

Pero él y sus huestes no alcanzaron a dar un paso. Bajo la mirada profunda de Kuc'i Luc', sus cuerpos se fueron endureciendo, cubriendo de grietas, de helechos y musgo, hasta convertirse en grandes rocas que bordeaban un río que descendía vertiginoso por una profunda cañada, donde los Thë Wala iban a invocar a sus dioses.

Canción de la vida

El comienzo era tierra, era sudor, viento estéril que arrastra el sudor. Era resaca, era el olvido, era adobe, bahareque y guadilla, era ganas y furor, furor y tristeza y sueños y grandeza en un amanecer, reposo sediento, dureza en las manos, hambre, fiereza en el músculo, rabia aprisionada.

Era floresta, bejuco, surco y hombre; surco y trabajo, trabajo y desesperanza, caminar melancólico. Era sed, temblor en los labios, los besos ávidos, la mirada lenta, la carne arable; la mano, el hacha en ella, en ella la tierra, en ella los sueños, los pies y la mujer; en ella el horizonte. La calma, el olor del fogón, una risa en el vientre; Era el temor, la noche, la huida, el caminar sin camino, el recuerdo adolorido, la carna hollada, el hombre hollado, la mujer aguijoneada, el silencio y el niño.

El futuro es la tierra sin trabas, la calma, el hombre y la mujer, el niño y la risa, el amanecer, la floresta, el bejuco, la carne satisfecha, la mirada saciada, los ojos en reposo. Es cemento, pies y ganas. Es un pájaro, es viento, es torbellino, es el mar. Es el hombre, es el cielo, el aire, una mujer y su vientre henchido, esa mano compañera, es un camino, un pie en el camino, otro pie y muchos más, una huella, esa huella y su dueño.

El futuro es amor, una canción.